

BELGRANO EN SALTA DEL TUCUMÁN
“FUNDAR ESCUELAS ES SEMBRAR EN LAS ALMAS”. MANUEL BELGRANO

DR. PATRICIO COLOMBO MURÚA

Introducción

En un inspirado discurso pronunciado el 24 de septiembre de 1873, Sarmiento afirmó que Belgrano fue el *“Padre de La Patria”*. Es posible que el orador haya querido establecer un cierto paralelismo entre nuestro prohombre y Cicerón, a quien Roma consideró el *“pater patriae”* por haber salvado la república. El presidente argentino agregó ante la estatua ecuestre del prócer en Plaza de Mayo: *“Repetimos lo que Grecia y Roma hacían para perpetuar la memoria de sus héroes”, de sus padres y de sus grandes ciudadanos.(...)Belgrano, cuya efigie contemplamos,(...) participa para nosotros, de esas cualidades que hacen al hombre vivir más allá de su época”*.

Con este mismo sentido clásico, recordamos a don Manuel Belgrano en el bicentenario de su muerte, por haber sido el principal protagonista de la “Gesta de Mayo y por su patriotismo esencial y despojado, sentimiento que inspiró su luminosa decisión de enfrentar a un enemigo que lo superaba en número y armamento. Su sabia desobediencia al gobierno salvó a la revolución argentina en su momento más crítico, al lograr las providenciales victorias de Tucumán y Salta.

Mitre sostuvo que: *“Belgrano es en su género, un tipo único en la revolución sud-americana, ya se le considere como hombre de letras, ya como hombre político o de guerra, y su vida es un modelo digno de presentarse a la estimación de un pueblo republicano”*. Sin duda, Belgrano es el arquetipo del político que debemos emular siempre y muy especialmente en la actualidad, por su gran amor a la patria, por su espíritu de concordia y reconciliación, por su conducta ejemplar y su moderación y por haber consagrado su vida a lograr la felicidad y la prosperidad del pueblo argentino.

Sus notables virtudes y méritos cívicos y militares, no fueron suficientes para algunos cronistas quienes menospreciaron su escasa pericia castrense. Cabe decir al respecto, que este abogado, este universitario formado en Valladolid y Salamanca, ilustrado y preparado para las contingencias de la vida civil, aceptó las responsabilidades del mando militar, sólo porque su patria lo convocó para dirigir sus ejércitos. Lo hizo con humildad, sin excusas, sin beneficio de inventario, pero consagrando todo su ser, todas sus capacidades y potencias a la defensa de la patria amenazada.

Asumió su papel castrense –reconociendo sus limitaciones personales- con su inquebrantable fe puesta en Dios, que le daba esta oportunidad de ser su instrumento en la misión de realizar, aun con medios imperfectos, la sagrada causa de la libertad de los irredentos pueblos americanos.

En una carta que resulta esclarecedora, San Martín le expresa a Godoy Cruz, entonces diputado por Mendoza ante el Congreso de Tucumán, su opinión profesional: *“En caso de nombrar quien debe reemplazar a Rondeau”* –para mandar el Ejército del Norte- *“yo me decido por Belgrano; éste es el más metódico de los que conozco en nuestra América, lleno de integridad y talento natural. No tendrá los conocimientos de un Moreau o un Bonaparte, pero créame usted que es lo mejor que tenemos en la América del Sur”*. Este juicio categórico del

Libertador se fundó en un análisis objetivo de la trayectoria y las virtudes militares de Belgrano.

En efecto, recordamos que Belgrano se hizo cargo de los restos del Ejército del Norte tras el desastre de Huaqui. Esa tropa se encontraba en un estado de indigencia y de total postración originado en esa derrota y en una posterior huida vergonzosa. En pocos meses él disciplinó esas tropas, reclutó nuevos combatientes en las provincias del norte, consiguió recursos y armas para restablecer su potencial bélico y convirtió a ese cuerpo informe y derrotado en un ejército que se enfrentó victorioso a las impecables legiones del rey.

Para lograr este resultado asombroso trabajó metódicamente en el restablecimiento de la disciplina militar, en la provisión del armamento adecuado y de la indumentaria apropiada. En pocos meses logró restaurar la fe en la causa que defendía esta marchita legión y supo pulsar las sutiles cuerdas del alma de cada combatiente para que todos ellos internalizaran el sentido trascendente de la misión que los congregaba a dar batalla a un enemigo formidable.

Impuso las prácticas religiosas como parte de la rutina castrense. Entronizó a la Virgen de las Mercedes como Generala del ejército patriota para señalar que él actuaba simplemente como un instrumento de la Providencia; presidió el acto de entrega de los escapularios a cada combatiente, emulando a Constantino, quien ordenó a sus soldados que llevaran el signo divino de la victoria en sus escudos¹ en la decisiva batalla del puente Milvio. Todas estas tareas preparatorias tenían el propósito de afianzar la fe de sus tropas en la victoria.

Para poder atacar al enemigo en Tucumán, tomó la genial decisión de desobedecer al timorato gobierno central que le ordenaba retirarse hasta Córdoba sin combatir. En esa oportunidad Belgrano presintió que la suerte de la libertad de América del Sur dependía de esta batalla crucial. Él era quien llevaba en su espíritu la visión del provenir y la determinación de concretarlo, convirtiéndose así en el *“portaestandarte de la república”*.

El 20 de febrero de 1812 en Salta obtuvo la más espléndida victoria que registran los anales militares argentinos. Allí mostró una clemencia cristiana ante el enemigo vencido y dio un genial testimonio de hermandad americana. Su gesto generoso fue criticado por algunos cronistas que no comprendieron ni la finalidad última ni los alcances de su magnánima hidalguía.

El 8 de marzo la Asamblea otorgó al *“Benemérito General Belgrano”* una donación de 40.000 pesos como premio por la victoria de Salta. Él, destinó ese dinero a la fundación de escuelas públicas de primeras letras en las ciudades de Tarija, Tucumán, Santiago del Estero y Jujuy, bajo un reglamento que redactó de su puño y letra y que fue el modelo adoptado por Córdoba en 1813, por Buenos Aires en 1816 y por Chile bajo el gobierno de O’Higgins. Este gesto testimonió su proverbial generosidad, pero fue también el mensaje político de un estadista,

¹ Constantino, en las vísperas de la batalla contra Magencio oyó en sueños una voz estentórea que le decía: *“In Hoc signus vinces”* – con este signo vencerás- y vio una cruz luminosa que surgía arriba del sol. El hizo pintar esa figura en el escudo de todos sus soldados que ese día vencieron.

dado en medio de una ardua campaña bélica. Así indicó y dio un ejemplo de lo que es necesario hacer para que los pueblos surjan de su postración y accedan a la educación que lleva a los ciudadanos a alcanzar su plenitud humana. En ese sentido, sostuvo con firmeza que “*Un pueblo culto nunca puede ser esclavizado*”.

Alberdi comentando esta donación, dijo: “*Belgrano se quedó en la miseria, pero tuvo el gusto de ceder toda su fortuna para que concurriese a los grandes trabajos de la educación popular*”

Esa misma pasión educativa lo llevó a crear en Tucumán una escuela para sus soldados, donde aprendieron a leer y escribir más de 500 reclutas analfabetos. Ante ese logro afirmó: “*No hay otro medio para sacar a nuestros paisanos de la barbarie*”. En 1812 Belgrano, adelantándose visionariamente a su tiempo, redactó un Reglamento que proponía el reclutamiento obligatorio que sería la base del ejército republicano y un instrumento de formación ciudadana.

Él poseía esa fe profunda que mueve montañas y que abre las puertas de la percepción al orden providente del mundo. Su intuición fue clara cuando presintió el destino de la libertad americana y cuando anunció con don profético la suerte de la patria.

Al respecto recordamos dos hechos poco conocidos que nos ilustran sobre la profundidad de su fe y de su vocación republicana. En la víspera de la batalla de Salta Belgrano concluyó la traducción de la “*Despedida de Washington al pueblo de los Estados Unidos*” ayudado por su médico el doctor Redhead. En el prólogo escrito por Belgrano, manifestó su profunda convicción republicana y su certeza que se lograría “*el fin que aspiramos, de constituirnos en nación libre e independiente.*”

En 1816 en Londres, imprimió a su costa mil ejemplares de la obra del Jesuita chileno Manuel Lacunza, titulada “*La Segunda Venida del Mesías en Gloria y Majestad*”. Belgrano escribió en forma anónima y a modo de prólogo, un mensaje de esperanza dirigido a sus compatriotas americanos. Las ideas proféticas contenidas en esta obra, referidas al advenimiento de un nuevo orden mundial, habían sido adelantadas al pueblo cristiano por el Deán Funes desde el púlpito de la catedral de Córdoba en los tiempos crepusculares del virreinato.

En su vida pública él actuó con un valor cívico inalterable. Su sentido de la justicia lo llevó a enfrentar a Moreno, cuando se discutió en el seno de la Junta el castigo a aplicarse a don Santiago de Liniers. En esa oportunidad se opuso con firmeza a su fusilamiento porque – parafraseando lo dicho por Fouché ante el asesinato del duque de Enghien²- consideró que este hecho no sólo sería un crimen, sino también un error imperdonable.

El Plan de Operaciones de Moreno

Castelli al mando político del ejército del norte, actuó según los criterios establecidos en el “Plan de Operaciones” del Dr Moreno, quien se inspiró en el ejemplo de los jacobinos, cuyo desmedido extremismo desprestigió con sus crímenes los altos ideales de la Revolución Francesa³.

La primera manifestación del drama que causaría la política del terror derivada de ese plan, ocurrió cuando el Ejército -comandado entonces por el general Francisco Ortiz de Ocampo-, llegó a Córdoba para neutralizar la conjura realista que encabezaba el gobernador

² Fouché criticando la decisión de Napoleón, dijo: “*Il été pire qu’un crime, il été un erreur*”

³ El Dr Fernando L Sabsay, en su obra Ideas y Caudillos –Ediciones Ciudad Argentina, 2000, pag 179- dice: “*Si los jacobinos franceses postulaban la eliminación de todo cuanto se opusiera a la revolución, la Junta no le iba a la zaga. Las instrucciones a Castelli después de la batalla de Suipacha fueron durísimas: “Que no quede en el Perú ningún europeo militar o paisano que haya tomado las armas contra la Capital”.*

brigadier Juan Gutierrez de la Concha y era secundado por personalidades distinguidas del fuste de Don Santiago de Liniers, héroe de la Reconquista de Buenos Aires, el coronel Santiago Allende, el tesorero de la Real Hacienda don Joaquín Moreno y el Dr Victorino Rodriguez.

Los conjurados fueron detenidos gracias a una información aportada confidencialmente por el Deán Funes. Ortiz de Ocampo envió los prisioneros a Buenos Aires sin cumplir la tajante orden de Moreno de ejecutarlos en forma inmediata y en el lugar donde fueran hallados. Ante la actitud humanitaria del jefe del ejército, Moreno solicitó al Dr Castell que en su carácter de miembro integrante de la Junta, partiera en forma urgente a interceptar al grupo que conducía a los prisioneros y procediera a su inmediato fusilamiento.

Castelli cumplió esa orden al pie de la letra y sacrificó sin miramientos a estos distinguidos realistas por haber abrazado la causa de Fernando VII, el rey cautivo a quien también habían jurado fidelidad los miembros de la Primera Junta⁴. A pesar de la solicitud de clemencia interpuesta por el Deán Funes ante la Junta y de la oposición de Saavedra y Belgrano (ver nota al pie N° 4) este crimen se perpetró el 26 de agosto de 1810 en Cabeza de Tigre.

La victoria de Suipacha

El 7 de noviembre de 1810 el ejército patrio, derrotó en Suipacha a los realistas que dirigía el General José Córdoba. En esta batalla fue decisiva la participación “*del escuadrón de caballería de los gauchos de Güemes, formados por los voluntarios de Salta y Jujuy*”.⁵

Esta victoria significó el triunfo de la revolución en el Alto Perú. El gobierno de Buenos Aires recuperó un vasto y rico territorio del que se había apoderado inopinadamente el virrey Abascal del Perú mediante un acto arbitrario. En efecto, ante la noticia de la Revolución de Mayo, Abascal incorporó a su jurisdicción las provincias del Alto Perú, sin respetar el “*status quo*” y la estructura jurídica y fáctica del Virreinato del Río de la Plata.

Dice Bernardo Frías (obra citada pag 100): “*Potosí, arsenal y tesoro de la resistencia enemiga, abrió sus puerta y recibió entre vítores y flores la división de vanguardia que, al mando de su comandante don Martín Güemes, era la primera en penetrar por sus calles*”.

“(…) Sucedió, en efecto, que reunidas allí a poco las fuerzas en aquella plaza, un grave disgusto se produjo entre Güemes y los generales, con cuya causa nos ha sido hasta ahora imposible de dar, pero es propio conjeturemos fuera quizá por los merecimientos de Suipacha.

⁴ En su obra “**Cornelio Saavedra: El padre de la Patria**”- Consejo Nacional de Educación y Club de Lectores” 1979-, dice **Guillermo Furling S.J.** : “El primer serio choque, entre Saavedra y Moreno, fue al discutirse el castigo de Liniers y sus ilustres compañeros. ¿Cómo era posible, dejando las relaciones amistosas, que no podían ser sino cordiales entre Liniers y Saavedra, que hombres que decían sostener los derechos de Fernando VII fusilaran a otros precisamente porque sostenían los derechos de Fernando VII?. Más adelante dice Furlong: “*consta que Saavedra y Belgrano se opusieron*”.

⁵ **Bernardo Frías, Historia del General Martín Güemes y de la Provincia de Salta** Ediciones de la Universidad Católica de Salta. 2017, Tomo II página 97. Dice este autor: “*Pero apenas renovada allí la lucha, caen repentinamente sobre el enemigo las fuerzas que guardaba Güemes ocultas en la sierra, con el resto de la artillería, y éstas, que al parecer eran las mejores de las tropas, dieron la carga más bizarra*”(…) “*El general Córdoba, (...) presa su alma de un pánico profundo, (...) se da a la ignominiosa fuga, aun sin aguardar los últimos resultados de la refriega*”. En la página 99 de esta obra, dice Frías: *Fue en aquella época general opinión entre los pueblos del norte, y verdad afirmada por los contemporáneos y escritores, de haber sido Güemes quien organizó y dirigió la batalla, atribuyéndole por esto los laureles de la victoria, y hasta el Cabildo de Salta, ocho años más tarde, y pregonando ante el gobierno sus méritos en la acción, decía que Güemes allí, luchando con intrepidez “se cubrió de gloria en tan plausible victoria, donde ya se advirtió en él un valor capaz de arrostrar los peligros complotados”.* (Idem Oficio del Cabildo de Salta al Director Supremo, fechado el 22 de agosto de 1818). “*Y, sin embargo, ni mención hicieron de él los jefes del ejército que comunicaron la nueva de la victoria; porque tuvo este hombre el raro destino de ser odiado por los gobiernos y todos los generales que fueron de aquel ejército auxiliar del Perú(...) exceptuándose únicamente San Martín.* En idéntico sentido se acredita en la Obra “*Güemes Documentado*” -Plus Ultra 1979, TI capítulo 10- Güemes en las acciones de Cotagaita y de Suipacha, pag 219 a 296.-

El resultado fue que (...) se le dieran los pasaportes remitiéndolo confinado a su provincia y que la división de su mando, que se llamaba la División de Salta, fuera disuelta y sus individuos incorporados en los demás cuerpos de ejército. Tal era el galardón que recibieron aquellos hombres que tantos servicios habían rendido a la causa de la revolución”.

Lo cierto es que Güemes, a pesar de su decisiva participación en el primer triunfo glorioso de las armas de la patria, ni siquiera figuró en el parte de la batalla de Suipacha. Sin embargo, creemos que el motivo de *su disgusto con los generales*, se originó en una discrepancia sobre la estrategia que debía emplearse para concluir con la potencial amenaza realista en la región. Mientras Castelli se dormía sobre los laureles cosechados en Suipacha y aceptaba *“las delicias y los halagos que les brindaba Potosí, viviendo allí de banquete perenne como que recibía quinientos pesos diarios para los gastos de mesa”*⁶; Güemes insistía en consolidar las ventajas de la victoria y proceder a destruir inmediatamente las débiles fuerzas realistas que quedaban al mando de Goyeneche en el Cuzco.

Esta propuesta fue desestimada y el Ejército patriota permaneció inactivo por espacio de más de 6 meses, permitiendo al enemigo rehacer su ejército, instrumento militar con el que derrotó completamente al ejército de los porteños en Huaqui⁷.

Ejecuciones innecesarias ordenadas por Castelli

Tras el triunfo de Suipacha y la fuga del mariscal Nieto, el ayuntamiento de Chuquisaca –entonces *Sede Sapientae* del Virreinato del Plata– proclamó claramente el acatamiento al gobierno de Buenos Aires, decisión a la que adhirió la Real Audiencia. Estas manifestaciones públicas tuvieron un carácter arquetípico y se imitaron en el resto de las ciudades del Alto Perú. El Ejército patrio entró invicto en ellas y fue recibido con un delirante entusiasmo popular. *“Los emisarios de la revolución, llenos de un satisfecho orgullo, cruzaban los pueblos anunciando con un candor infantil que en Suipacha habían concluido las batallas y la guerra”*⁸ Frías obra citada, página 102-

Castelli no supo ser magnánimo en la victoria y por añadidura hizo gala de un rigor innecesario que desmentía sus proclamados ideales de fraternidad, libertad y justicia. En efecto, el 15 de diciembre de 1810, por orden suya fueron fusilados en la plaza de Potosí, el Mariscal Vicente Nieto, el gobernador de Potosí don Francisco de Paula Sanz y el general José Córdoba.⁸

La arbitrariedad revolucionaria se manifestó en otras medidas igualmente odiosas. Estuvieron al orden del día las confiscaciones de bienes, el confinamiento de los supuestos enemigos, la delación mercenaria, las flagrantes injusticias perpetradas contra personas honorables y las demasías contra la religión católica. Estos hechos fueron malquistando al gobierno revolucionario con el sector más gravitante de la población del Alto Perú.

Cambios políticos en Buenos Aires

⁶ Frías ob citada pag 146 citando a Torrente.

⁷ En el oficio enviado por Güemes al Director Supremo Alvarez Thomas el 11 de octubre de 1815, dice: *“Las pasadas catástrofes y emigraciones que han ocasionado inmensos males (...) no tuvieron otro origen que la confianza en el azar, o la suerte de las batallas del Desaguadero, Vilcapugio y Ayohuma y en los cálculos despóticos de los jefes. La Paz, Cochabamba, Charcas, Potosí y Salta, tienen que clamar y lamentar ante el tribunal de la razón, la demora criminalísima de más de sesenta días en Chuquisaca del representante Castelli, con que dio lugar a Goyeneche, que no tuvo más fuerza que la de cinco compañías reforzara su ejército con siete mil combatientes”.*

⁸ Sabsay, Ob citada pag 179 dice: *Bernardo Monteagudo*, testigo presencial de los fusilamientos de Potosí, los dramatizaría así poco después: *“Yo los he visto expiar sus crímenes y me he acercado con placer a los patíbulos de Sanz, Nieto y Córdoba para observar los efectos de la ira de la Patria y bendecirla por su triunfo”.*

Mariano Moreno renunció a su cargo de Secretario de la Primera Junta el 18 de diciembre de 1810. Tomó esta decisión tras haber fracasado su oposición a la incorporación de los diputados electos por las provincias a la Primera Junta; esta medida reclamada por el Deán Funes fue convalidada por el voto unánime de los diputados del interior y decidida por la mayoría de los miembros de la Junta. Al día siguiente se constituyó la Junta Grande.

En Buenos Aires, el 5 y 6 de abril de 1811 estalló un movimiento popular radicalmente antimorenista que intentó erradicar a los partidarios del ex Secretario de la Primera Junta, que “*permanecían enquistados en los puestos clave del gobierno y del ejército*”. El 15 de abril “La Gaceta Extraordinaria” publicó el “*Manifiesto sobre los antecedentes y orígenes del suceso del 5 y 6 de abril*”, escrito magistralmente por el Deán Funes, quien explicaba que ese movimiento tuvo por objeto “*contener una furiosa democracia sin forma, sin sustento ni moralidad*”.

A comienzos del mes de junio de 1811 Castelli declaró concluido el engañoso armisticio firmado por él y los jefes realistas en Laja y resolvió atacar al enemigo. El General Goyeneche que había seguido el sabio consejo romano “*si vis pacis para bellum*”, esperaba esta oportunidad y se adelantó al lugar de Huaqui donde encontró y destruyó al Ejército patriota el 20 de junio. Este desastre produjo una honda consternación pública y una simétrica corriente crítica de opinión que responsabilizó al gobierno por este resultado adverso.

El 22 de Septiembre la Junta decidió crear un Poder Ejecutivo integrado por tres miembros. La idea era constituir un órgano de decisión más concentrado y eficaz para enfrentar exitosamente la compleja situación del gobierno en ese momento difícil. Al día siguiente asumieron los titulares del Triunvirato. Los ciudadanos designados como vocales fueron: Feliciano Chiclana, Manuel de Sarratea y don Juan José Passo. Se designó como Secretario de Guerra a Bernardino Rivadavia.

Simultáneamente se creaba “La Junta Conservadora de los Derechos de Fernando VII”, integrada por los diputados de las provincias. El Deán Funes redactó el “Reglamento Orgánico que fijaba las competencias y las funciones de los tres poderes del Estado, siguiendo el esquema de la división trinitaria del poder de Montesquieu. El Triunvirato rechazó “*in límine*” este instrumento constitucional y disolvió la Junta Conservadora el 7 de noviembre de ese año, asumiendo la plenitud del poder y disponiendo la expulsión de los diputados del interior que habían integrado la Junta Grande.

Belgrano: Su presencia y su actuación reparadora en Salta

El 27 de febrero Belgrano fue nombrado interinamente Jefe del Ejército del Perú en remplazo de Pueyrredón. Bajo la inspirada y virtuosa conducción del nuevo comandante, este cuerpo castrense proyectó una imagen clara y distinta de las ideas que encarnaba la revolución; que fueron tornándose visibles para los pueblos del norte mientras se rectificaban los errores pasados.

Como se ha referido, desde el principio Belgrano abandonó la severa política de su predecesor. En efecto, el mismo día que asumió el mando en la localidad de Yatasto, provincia de Salta -el 27 de marzo de 1812-, escribió una carta conciliadora al general enemigo don Pio Tristán, a quien había conocido en España. En esa misiva le decía: “*Mi querido Pio: ¡Cuán distante estaba yo de venir a escribirte en estos lugares!. La enfermedad de Pueyrredón me ha conducido hasta aquí, desde las orillas del Paraná, en la que me hallaba con mi regimiento poniendo una puerta impenetrable a los enemigos de la patria. Fui el pacificador de la gran*

provincia del Paraguay. ¿No me será posible lograr otra tan dulce satisfacción en esta provincias?. Una esperanza muy lisonjera me asiste a conseguir un fin tan justo, cuando veo a tu primo (se refería al jefe de las fuerzas realistas Don José Manuel Goyeneche) y a ti de principales jefes”- Carta del 27 de marzo de 1812. Libro Copiador del Ejército del Perú, Cuaderno II. Superior Gobierno 1811-1813 en Museo Mitre-.

En esta misiva que el general patriota escribió al Jefe de la vanguardia enemiga con un estilo aparentemente *naïf*, le recuerda su origen americano y ratifica su esperanza de un entendimiento superador entre los hijos de esta gran patria común.

Situación crítica del ejército del norte

Tras el desastre de Huaqui, el *soi disant* “Ejército de Buenos Aires”, había perdido más de dos tercios de sus combatientes por imperio de un proceso de desertión incontenible. La moral de esa tropa estaba quebrada, su disciplina degradada y su espíritu combativo había desaparecido en el mare mágnum de una retirada irrefrenable, caótica y vergonzosa.

El nuevo general ordenó un inmediato relevamiento del material bélico con el que contaban sus tropas para enfrentar a los disciplinados y triunfantes ejércitos del rey. Este listado de las armas disponibles resultó patético. Se inventarió la exigua cantidad de *”280 fusiles de los cuales solo 200 tenían bayonetas. La munición estaba tan agotada que no contaba su parque con más de treinta y cuatro mil tiros, y la artillería la formaban 3 cañones, y no grandes”*⁹.

Ante esta gravísima realidad, Belgrano concentró todas sus energías en la tarea de reorganizar el ejército y restituir su capacidad bélica. En forma inmediata introdujo mejoras en la fábrica de cartuchos y asistido oportunamente por el barón Holmberg -militar alemán de gran competencia- mejoró y compuso el armamento, encaró exitosamente la fundición de cañones de bronce y la fabricación en escala de artículos de guerra y se procedió a entrenar a los artilleros y a los infantes.

Los reclamos de dinero y recursos solicitados al Triunvirato, fueron apremiantes y reiterados. El ejecutivo de Buenos Aires respondió a estos requerimientos con una remesa de 40.000 pesos fuertes que fueron aplicados sabiamente a resolver las necesidades castrenses más apremiantes.

En agosto de 1812 *”felizmente llegó don Francisco de Gurruchaga, conduciendo desde Buenos Aires los 400 fusiles que enviaba como auxilio el gobierno, con los que se resolvió bastante la necesidad”*¹⁰. Estos elementos permitieron consolidar el titánico esfuerzo realizado por

⁹ Bernardo Frías: *”Historia del General Martín Güemes y de la Provincia de Salta, o sea de la Independencia Argentina”*; Tomo II, páginas 377 y 378. Editado por Ediciones de la Universidad Católica de Salta, el Fondo Editorial de la Provincia de Salta y la Comisión Provincial del Bicentenario, 2017.

En *”La Historia de Belgrano” de Bartolomé Mitre* –edición del Ateneo, 2015- se registran otras cifras de las de las armas disponibles, que no modifican esencialmente el estado crítico del ejército patriota.

¹⁰ Frías, obra citada pag 418 y Paéz de la Torre (h) Ob citada 232/234: Cabe destacar que don Francisco de Gurruchaga, era Licenciado en Derecho en la Universidad de Granada y marino de carrera. El Cabildo de Salta lo eligió por sus calidades personales, diputado ante el gobierno de Buenos Aires. Gurruchaga había actuado valerosamente como oficial ayudante del capitán de navío Baltasar Hidalgo de Cisneros, a bordo del buque Santísima Trinidad, en la célebre batalla de Trafalgar. Este ilustre salteño había vestido a costa de su propio peculio “Escuadrón de los salteños”, que don Martín de Güemes puso a disposición del gobernador de Salta don Feliciano Chiclana. Posteriormente este cuerpo militar se incorporó al Ejército Auxiliar que llegó con Castelli y siguió su marcha al Perú. Esta *”División de Salta” fue el cuerpo más elegante y lujoso de cuantos formaron el primer Ejército de la Patria”*.

rearmar y equipar la fuerza, que había aumentado significativamente el número de sus combatientes gracias a un amplio programa de reclutamiento en Salta, Jujuy y las provincias vecinas emprendido con serena y metódica energía por el General en Jefe.

Mientras tanto y con el objeto de profesionalizar los cuadros castrenses, Belgrano había creado una academia de práctica para los oficiales, un cuerpo de ingenieros, un tribunal militar, una oficina de provisión y otra de contabilidad para dotar al ejército de una administración racional.

Don Francisco de Gurruchaga se incorporó al ejército al mando de Belgrano, como administrador de la intendencia y del parque. Este patriota salteño era un oficial de la marina española que había recibido su bautismo de fuego en la memorable batalla de Trafalgar.

Belgrano, convencido de sus limitadas competencias en cuanto al arte de la guerra¹¹, designó a Don José Moldes como *“Inspector General de Infantería y Caballería”*, cargo que equivalía a Segundo Jefe del Ejército. Su acierto en esta elección fue ponderado por Don Dalmacio Vélez Sarsfield quien dijo sobre este destacado militar salteño: *“Educado en los colegios militares de Europa, fue el que verdaderamente organizó el ejército de Belgrano como Jefe de Estado Mayor”*¹²

Goyeneche y Belgrano

El frente político en el norte se presentaba no menos sombrío. En efecto, Goyeneche, el sagaz jefe militar realista, había reconquistado a sangre y fuego la ciudad de Cochabamba y revertido los brotes de la rebelión independentista en la mayor parte del territorio del Alto Perú.

A sus victorias militares había sumado una formidable campaña de desprestigio y de acción psicológica contra el gobierno de Buenos Aires, que consistía en presentar la causa del rey con un carácter eminentemente sagrado y a sus “santas legiones” como la única valla de contención frente a la sanguinaria marea del ateísmo jacobino encarnada por el gobierno porteño.

Las demasías que perpetraron algunos oficiales del ejército patriota contra la Iglesia y que fueron permitidas o al menos toleradas por Castelli¹³ -representante político y última

Gurruchaga también fue el creador de la primera escuadra nacional que la Junta puso al mando del heroico Juan Bautista Azopardo: **-B. Frias. Biografía del prócer de la independencia D. Francisco de Gurruchaga.** EUCASA 2010 pag28.

¹¹ Transcribimos un fragmento de la Memoria por el General Don Manuel Belgrano, publicadas en **“Las Memorias Póstumas del General José María Paz”** –Segunda Edición Tomo primero, Editada por Ireneo Rebollo en 1892, imprenta La Discusión de la Plata, paginas XLIX- Dice Belgrano: *“Se deja ver, que mis conocimientos marciales eran ningunos”* Belgrano reitera ésta apreciación en algunas cartas y documentos remitidos por él al gobierno y personas de su relación

¹² Mite: **“Belgrano y Güemes”**, pag 248

¹³ Ver **Bernardo Frias** Obra citada supra T II pag 271 , que refiere que Castelli fue señalado por los realistas como *“ateo e impío”* y la revolución acusada de destruir la religión, abolir la moralidad y establecer la licencia absoluta de las costumbres. En **Las Memorias Póstumas del Gral José María Paz** -Segunda Edición Tomo Primero, La Plata, Imprenta “La Discusión” 1892. Ireneo Rebollo editor- nota 1 a pie de las páginas 12 y 13, el autor relata una anécdota que le ocurrió al oficial patriota que él irónicamente denomina el “célebre Escobar”, quien fue apresado y encarcelado en Potosí. Un día fue conducido a la capilla de la cárcel donde lo esperaban el Gobernador Intendente de Potosí, *“el Vicario eclesiástico, los preladados de los conventos, los delegados de la Inquisición y otros señores de categoría...”* *“Se le preguntó cuál era su religión, y se le exigió su profesión de fé... Le mandaron que dijese el Credo”* Después de pronunciar las primeras palabras de esta oración, Escobar cayó al suelo privado de todo conocimiento. *“Cuando volvió en sí...se encontró en manos de un eclesiástico que tenía el encargo de catequizarlo”*. Este solemne procedimiento inquisitorio se debió a que Escobar había protagonizado el episodio que se describe: *“Cuando se retiraba el ejército derrotado en el Desaguadero, se detuvo Castelli unos días en Chuquisaca, y sus ayudantes, uno de los cuales era Escobar, acompañados de otros oficiales locos, pasando una noche por una iglesia, vieron una cruz en el pórtico, a la que los devotos ponían*

magistratura de la Junta de Buenos Aires en el Alto Perú- respaldaron la imputación de hereje y antirreligioso lanzadas contra ese gobierno por Goyeneche, a quien secundaban en sus diatribas los mitrados más influyentes del Alto Perú y muchos sacerdotes que vertían esas especies calumniosas en sus sermones y actividades pastorales.¹⁴

Frente a esta propaganda negativa y eficaz del enemigo, Belgrano debió desplegar una intensa actividad destinada a reconquistar la opinión pública que se había tornado adversa a la Revolución de Mayo por sus inexplicables derrotas, por sus errores políticos y por haber manifestado una cruel dureza con los vencidos.

Las medidas que Belgrano adoptó para desvirtuar los infundios realistas se basaron en su perseverancia en considerar la *“piedad religiosa como un tema esencial en la disciplina castrense”*. A Belgrano que era un católico de estricta observancia no le resultó difícil ordenar la práctica de la oración diaria. Personalmente presidía el rezo del Rosario por las tardes junto a sus oficiales y concurría a misa los días de precepto acompañado por el ejército¹⁵.

A estas rutinas rituales agregó actos de gran repercusión por su especial significado religioso. Un ejemplo relevante fue la entrega del bastón de mando del General en Jefe del Ejército a la imagen de la Virgen de las Mercedes tras una procesión solemne que llegó hasta el “Campo de la Victoria” pocos días después de la batalla de Tucumán. Este gesto de Belgrano implicaba reconocer el milagro de un triunfo providencial, que el general proclamó como un espaldarazo de la Divina Providencia a la causa de la libertad de la patria amenazada.

Sensibilizadas por este acto piadoso, las monjas de Buenos Aires enviaron un cargamento de 4.000 escapularios con la imagen de esta advocación de la Virgen, que se había convertido en patrona y generala del ejército nacional. Estos escapularios fueron solemnemente entregados a cada uno de los integrantes del ejército, que lo llevaron en sus pechos como un talismán victorioso. Bartolomé Mitre señala el acierto político de Belgrano en este frente cultural y religioso, que le permitió restaurar la confianza de los pueblos en el gobierno patrio: *“Belgrano –dice Mitre en la página 310 de la obra citada- lo comprendió así y como lo observa un contemporáneo, “Haciéndose superior a críticas insensatas y a murmuraciones pueriles, tuvo la bastante firmeza para seguir una marcha que inutilizó las astucias de Goyeneche, restableció*

luces ; alguno se ellos –de los oficiales porteños- declamó contra la ignorancia y el fanatismo de aquellos pueblos, y otro propuso para ilustrarlos, arrancar la cruz y destruirla; así lo hicieron, arrastrándola un trecho por la calle. Era un caso de inquisición - concluye Paz

¹⁴ Entre ellos podemos citar al arzobispo de Charcas, al obispo de La Paz y al de Salta. Belgrano, tras haber interceptado comunicaciones del mitrado salteño con el general Goyeneche, ordenó la salida del obispo de la ciudad de Salta en el perentorio término de 24 horas.

Bernardo Frías en la obra citada ut-supra pag 394, relata este episodio: *“Aconteció que en los principios de abril, estando aún en el cuartel general de Campo Santo (Frías se refiere al ejército patrio), se sorprendieron ya de camino comunicaciones del obispo de Salta, don Nicolás Videla, que por las ofensas hechas a la religión de la cuál era él era prelado, también había declarado guerra oculta a la revolución, entrando como cabeza principal en la reacción realista provocada por la imprudencia del doctor Castelli; las cuáles iban dirigidas a Goyeneche, y en el sentido de ayudarlo en su empresa de reconquista y sujeción de las provincias argentinas.”*

¹⁵ En *“La Historia de Belgrano y de la Independencia Argentina”* Ed. El Ateneo 2015, pag 310 Bartolomé Mitre dice: *“Estos actos de pública devoción, los ejercicios devotos a los que sujetó a la tropa desde que estableció su imperio sobre el ejército y la práctica de los deberes religiosos de las que siempre fue un fiel observador, granjearon a Belgrano un crédito inmenso en aquellas poblaciones y cambiaron la faz de la revolución. Hasta entonces, la guerra que se había hecho a los patriotas, no era solo política sino también religiosa. La reputación de impiedad de los porteños, que se había generalizado en el Alto Perú, con motivo de algunos actos irreverentes de los oficiales del ejército de Castelli, habían perjudicado mucho la causa de Buenos Aires”...“Los obispos, los curas y los frailes predicaban la guerra contra los herejes y Goyeneche había fanatizado a sus soldados haciéndoles creer, que los que morían por el rey eran mártires de la religión y volaban al cielo a gozar de una eterna gloria...”*

la opinión religiosa del ejército patriota que se moralizó por este medio, formando un cuerpo homogéneo con las poblaciones, inofensivo a las costumbres y creencias populares. Así no sólo dio nervio a la revolución, no sólo la generalizó, sino que le dio crédito y la ennobleció”.

El 25 de mayo de 1812 Belgrano, que había avanzado hacia el norte hizo bendecir solemnemente la bandera celeste y blanca –creada por él- en la catedral de Jujuy por el canónigo Gorriti, en el marco de una parada militar realizada en la plaza central. Este hecho simbólico, estaba destinado a vigorizar el decaído sentimiento patriótico del Ejército y de la población jujeña.

El plan estratégico de los realistas

La situación del gobierno de Buenos Aires era desesperada. El ejército español de Montevideo y su poderosa escuadra, resistían vigorosamente el sitio impuesto por las fuerzas argentinas. El ejército portugués al mando del general Souza –que respondía a la infanta Carlota- había ocupado la Banda Oriental, esperando órdenes para realizar una operación de pinzas con el ejército de Goyeneche que avanzaba desde el norte sobre la ciudad rebelde.

En el seno de Buenos Aires se gestaba en secreto la conspiración de Martín de Alzaga. Este líder de la causa española había reclutado un considerable grupo de conjurados entre los diez mil españoles que habitaban en Buenos Aires. Se había convenido el apoyo del ejército portugués a estos vehementes enemigos de la revolución para el momento en que se diera la señal convenida.

Goyeneche, preparaba metódicamente su invasión a Salta en un entendimiento pleno con la infanta Carlota ¹⁶ de Borbón -hermana de Fernando VII y esposa del príncipe Regente de Portugal-, quien le había prometido ayudarlo a reconquistar Buenos Aires.

Goyeneche tenía que aniquilar definitivamente a las deshechas huestes patriotas al mando de Belgrano, a quien el gobierno de Buenos Aires había ordenado retroceder hasta Córdoba. Si los españoles lograban desbaratar este único obstáculo, su camino a Buenos Aires sería un paseo victorioso.

Pero el ejército a su cargo demoró su movimiento sobre Salta, plaza clave para este proyecto de reconquista territorial, debido a una nueva insurrección popular en Cochabamba.

Salvado ese obstáculo, la ocasión era propicia para invadir a Salta y cumplir el mandato del virrey Abascal que en su correspondencia con Goyeneche se refería al territorio norteño en estos términos: *“Esas provincias son ricas y pingües, y, por lo mismo, es razonable y justo que paguen lo que han despilfarrado y hecho gastar”*.¹⁷

En cumplimiento de las órdenes expresas de Abascal, Goyeneche envió al general Pio Tristán y Moscoso, su primo hermano, a invadir Salta al mando de la vanguardia realista, que estaba

¹⁶ “Dice Mite en la obra citada supra página 271: *“Goyeneche, de acuerdo con la infanta Carlota, había obtenido del Príncipe Regente una orden dirigida al general portugués del ejército de la Banda Oriental, para que prestara eficaz cooperación a sus operaciones y el mismo general le escribía excitándolo “a acelerar sus marchas, prosiguiendo la carrera de sus triunfos para coronarlos en la ciudad de Buenos Aires”*

¹⁷ Carta de Abascal del 10 de agosto de 1812 en el Archivo Nacional.

integrada por 3.000 hombres de línea y diez cañones. La campaña se inició el 1 de agosto de 1812.

El Éxodo Jujeño

El 29 de julio, ante la inminente llegada del victorioso ejército realista, Belgrano publicó un bando que era un llamado al heroísmo extremo de las poblaciones de Jujuy y Salta, que debían abandonar sus hogares y seguir a las tropas patriotas en su retirada llevando todos sus bienes en una peregrinación hacia un destino ignoto. Además debían realizar la penosa tarea de destruir o quemar hasta el último grano de sus cosechas y todos los elementos de utilidad que no pudieran ser transportados.

El 23 de agosto la mitad de los habitantes de Jujuy abandonaron la ciudad y los campos. Este movimiento masivo era precedido por las grandes tropas de ganado que eran arreadas hacia el sur y eran seguidas por largas filas de pesadas carretas tiradas por bueyes cargadas con las pertenencias de los patriotas en fuga. Las hogueras llameantes señalaban los sitios donde se quemaban las cosechas y una gran cantidad de muebles y útiles.

La perplejidad del general realista ante estas medidas rigurosas, se ve reflejada en una misiva que le dirige a su primo Goyeneche, donde le dice: *“Belgrano es imperdonable por su bando del 29 de julio”*. Posteriormente calificó al Éxodo como una “medida impía”.

El Éxodo Jujeño criticado acerbamente por sus enemigos, mostró a propios y extraños la decisión inquebrantable de Belgrano de enfrentar con todos los medios a su alcance a los invasores.

Un espectáculo similar se desarrollaba en Salta, donde según recordaba José Arenales en sus Memorias: *“La inminencia del peligro hizo surgir esa fuerza”*—se refería al heroísmo popular y al patriotismo latente en la población norteña. En efecto, el coronel José Moldes se incorporó al ejército patriota el 10 de agosto, con 125 hombres *“mandados y montados por él, los que llenaron de honor a sus jefes.”*^{18.} *A la par de esa legión”* cerca de *“doscientos jóvenes decentes – la flor de los caballeros salteños- se enrolaban en las filas de la revolución y reconstruían de nuevo el cuerpo aristocrático de los Decididos”* (...) *Iban armados y montados a su costa con lujo y bizarría”*^{19.} Su jefe, era el coronel don Apolinario de Figueroa, que en la batalla de Salta se midió en una verdadera justa personal con el general Pío Tristán.

La providencial victoria de Tucumán

La batalla de Tucumán fue una victoria del pueblo argentino, un hecho providencial y un verdadero milagro que ejerció *“una inmensa influencia en los destinos de la revolución americana”*. *En Tucumán salvóse no sólo la revolución argentina, sino que puede decirse que contribuyó de una manera muy directa y eficaz al triunfo de la independencia americana”,* como bien lo expresa Mitre en esta frase que nació clásica.

Don Manuel Belgrano, quien según Paz *“jamás desesperó de la salud de la patria”*, tuvo la genial inspiración de no obedecer la nefasta orden del Triunvirato de continuar su retirada

¹⁸ Frías ob citada pag 416 citando la “Exposición de Moldes”, T1

¹⁹ Idem supra

hasta Córdoba. Los motivos del general eran de una impecable lógica y prevalecieron sobre las dudas y los temores que asaltaron su espíritu ante su dramática decisión, que implicaba jugar en un enfrentamiento decisivo el futuro de la gesta revolucionaria.

Las lúcidas razones del General para dar batalla a los realistas, expresadas en diversos oficios cursados al gobierno, se basaron centralmente en el hecho que el ejército estaba integrado mayoritariamente por soldados de las provincias del norte. Si no se defendía con pasión patriótica su tierra, la fuerza a su mando se desintegraría sin combatir por la deserción incontenible de sus soldados que estaban entrañablemente ligados a su amado terruño.

Una segunda consecuencia inmediata y desastrosa sería que el camino hacia Buenos Aires quedaría expedito para las legiones del rey. En ese supuesto, era imposible que la Revolución de Mayo pudiese sobrevivir a las fuerzas combinadas de Montevideo, del ejército portugués que ocupaba la Banda Oriental y a la invasión de las victoriosas tropas de Goyeneche que descenderían incontenibles hacia el sur.

Estos pensamientos se complementaban con sus convicciones profundas, su fe en la Providencia y su sensación que el ejército había recuperado la firme voluntad de vencer. Esa percepción se impuso tras la acción triunfante en Las Piedras, que Belgrano había librado el 3 de septiembre contra las avanzadas realistas.

A esto sumaba el emocionante apoyo brindado por el pueblo de Tucumán, por los oficiales y cabildantes emigrados de Salta, por los ilustres Tucumanos y Jujeños que le dieron el doble de los recursos pedidos por él para poder hacer frente a un enemigo formidable²⁰. El dinero solicitado por Belgrano fue aportado generosamente por Los Gurruchaga, el coronel José Moldes, Los Figueroa y los Araoz.

Bernabé Araoz presentó en sólo tres días a las milicias tucumanas que ascendían a más de seiscientos jinetes, mientras Balcarce reclutaba más de ochocientos voluntarios para fortalecer la caballería patriota.

Antonio Zinny relata que ante la inminencia de la acción bélica contra fuerzas superiores, aquella mañana del 24 de septiembre de 1812, Belgrano arengando a su tropa les dijo a viva voz que había encomendado la “suerte del ejército” a la Virgen de la Merced en el día que era anualmente venerada. Luego de alcanzada la victoria, Belgrano agradeció públicamente el milagro alcanzado por las armas de la patria en esta memorable jornada.

Se Transcribe parcialmente el relato testimonial que general José María Paz escribe en sus “Memorias Póstumas”, sobre este gesto político sutil que presentó Belgrano por este triunfo milagroso: *“Como la batalla de Tucumán sucedió el 24 de septiembre día de Nuestra Señora de*

²⁰ Dice Frías: *“El vecindario tucumano le respondió con entusiasmo. Se reunió el Cabildo en sesión pública y se resolvió enviarle a Belgrano una diputación, para persuadirle a quedarse en Tucumán y con el más alto concurso de este pueblo, organizar la defensa y presentar combate al invasor. Fueron en esa comisión, como hombres principales, el coronel Bernabé Araoz, uno de los vecinos de más prestigio en la ciudad y de mayor influencia en la campaña, Diego Araoz y el cura de la iglesia Matriz Pedro Miguel Araoz, tan elocuente como popular. Como ayudante fue el oficial del ejército Rudecindo Alvarado, de paso en la ciudad. La diputación llegó al campamento de Belgrano y le expuso su embajada. Este se hizo de rogar, como es lógico. Y siendo el primer convencido de que debía hacer pie en Tucumán, parecía que no se dejaba convencer. Hasta que habiéndole prometido todo lo que él quería, dijo que iba a quedarse. Había pedido dinero y gente en cantidad muy apreciable y le dieron el doble”*: Manuel Lizondo Borda, Manuel Belgrano Los ideales de la patria, Instituto Nacional Belgraniano, Manrique Zago Ediciones 1995, página 61

Mercedes, el general Belgrano sea por devoción o por una piadosa galantería, la nombró e hizo reconocer por Generala del ejército” (...) Por la tarde (del día 27) fue la procesión, en la que sucedió lo que voy a referir: (...) Quiso además la casualidad, que en esos momentos (en que la procesión estaba en su auge) entrase a la ciudad la división de vanguardia, que regresaba de la persecución de Tristán, y el General ordenó que a caballo, llenos de sudor y polvo, como venían, siguiesen en columna atrás de la procesión”. (...) Repentinamente el General deja su puesto y se dirige sólo hacia las andas, en donde era conducida la imagen de la advocación que se celebraba: la procesión para (...) todos están pendientes de lo que se propone el General, quien haciendo bajar las andas hasta ponerlas a su nivel, entrega el bastón que llevaba en su mano y lo acomoda por el cordón, en las de la imagen de la Virgen de las Mercedes. Hecho esto (...) la procesión continúa majestuosamente su carrera. La conmoción fue entonces universal”...(ob. Citada pag61/62).

El 8 de octubre de 1812 el Segundo Triunvirato integrado por Juan José Paso, Nicolás Rodríguez Peña y Antonio Álvarez Jonte, reemplazó al Poder Ejecutivo anterior. El nuevo gobierno nacional el 20 de octubre decretó honores a los vencedores de Tucumán. A Belgrano se le otorgó el grado de Capitán General. A los oficiales se les dio escudos y distintivos a la tropa.

La batalla de Salta asegura el destino de la Revolución

El Segundo Triunvirato “reforzó el Ejército del Norte con 25 artilleros, con el Regimiento 1 de infantería al mando del teniente coronel Gregorio Pedriel y con 300 hombres del 2 de infantería al mando del teniente coronel Benito Alvarez; se alcanzó así un efectivo de 3.000 hombres. También se incorporó a la oficialidad Juan Antonio Alvarez de Arenales”²¹

La incorporación de Arenales vino a compensar las pérdidas del Coronel José Moldes y del Barón Holberg, ocurridos por fuertes presiones de una camarilla de oficiales de Buenos Aires. Belgrano estaba seguro que Balcarce había acaudillado esas protestas, circunstancia que puso al supuesto revoltoso en una situación extremadamente difícil. Afortunadamente para él, sus amigos tucumanos consiguieron que se lo eligiera representante por esa provincia para el Congreso Constituyente. Balcarce finalmente partió a Buenos Aires, concluyéndose así una tensa situación que había enfrentado a estos jefes patriotas y que se agravó progresivamente.

El 1º de febrero de 1813 Belgrano salió de Tucumán con el grueso del ejército con rumbo a Salta. El 13 de febrero el ejército formado en la costa del río Pasaje (que a partir de entonces se llamó Juramento), juró solemnemente obediencia a la Asamblea General Constituyente y a la bandera celeste y blanca. En esa oportunidad el general Belgrano dijo: *“Éste será el color de la nueva divisa con que marcharán al combate los defensores de la patria”*. Esta fue la enseña que tremoló triunfal en la batalla de Salta, lábaro que a partir de entonces presidió las hazañas argentinas realizadas por la libertad y la regeneración de los pueblos de América.

El día 19 de febrero las tropas patriotas, llegadas a Salta, concluían un movimiento táctico sugerido por el capitán salteño Apolinario Saravia –alias Chocolate Saravia por su piel cetrina-. Este oficial era hijo del propietario de la finca de “Castañares”, sitio donde se libró la gloriosa batalla. El conocía una quebrada denominada de Chachapoyas, paso ignorado incluso por los

²¹ Manuel Belgrano Los ideales de la patria ob citada pag 70., cita de Isaías José García Enciso

guías. Por esa senda el ejército penetró en el Valle de Lerma, saliendo a las espaldas de las formaciones realistas virtualmente sobre el campo de batalla.

El general Pio Tristán que había fortificado Los Portezuelos, único acceso conocido a la ciudad de Salta por el sur, debió cambiar radicalmente el despliegue de sus tropas e improvisar un dispositivo en una posición desventajosa. El ímpetu de los patriotas unido a su mejor disposición táctica y al valor de sus combatientes, decidió la suerte de las armas en ese día 20 de febrero de 1813, en el que las armas de la patria obtuvieron una victoria gloriosa, que según lo afirma Mitre: *“los anales argentinos no registran un triunfo más completo.”*

El coronel Felipe La Hera parlamentario español, se presentó ante Belgrano para concertar las condiciones de la rendición del ejército español. Según lo recuerda Paz: *“venía embarrado hasta el pescuezo y en todas sus acciones se notaba la confusión de su espíritu y el terror en su semblante”*.

Belgrano dijo a este emisario: *“diga usted a su general que se despedaza mi corazón al ver derramar tanta sangre americana, que estoy pronto a otorgar una honrosa capitulación”*. En efecto, luego de la contundente victoria de Salta el general patriota tuvo gestos de una generosidad admirable con los vencidos, que eran demostrativos de una profunda hermandad americana y que ratificaban lo expresado por Belgrano en la referida carta a Pio Tristán.

Belgrano haciendo gala de una magnanimidad que borraba los rigores de Castelli, permitió a los vencidos retirarse desarmados tras haber jurado todos los oficiales y los soldados realistas que no volverían a empuñar armas contra las Provincias Unidas del Río de la Plata que incluía entonces los territorios del Alto Perú.

El general triunfante trató a su par realista y a sus oficiales con una cortesía especial. Por ejemplo, concedió a los vencidos *“todos los honores de la guerra”*. El ejército realista se rindió con armas y bagajes, entregándose 2.776 soldados realistas y la totalidad de sus oficiales.

Los caídos en esta acción fueron inhumados en una fosa común bajo el amparo de una gran cruz que Belgrano hizo erigir en un sector del campo de batalla. Posteriormente se colocó una lápida que decía: *“Aquí yacen los vencedores y vencidos el 20 de febrero de 1813.”*

Esa noche, en la casa de Araoz los patriotas salteños brindaron a los vencedores una fiesta en su honor. Belgrano invitó a este baile a su antiguo amigo Pio Tristán y a los oficiales vencidos.

En esa ocasión, el general español pidió que le fuera presentado el hidalgo coronel don Apolinario Figueroa, con quien había intercambiado algún disparo y un par de recios sablazos. Estos caballeros antes enfrentados pudieron entonces estrecharse en un abrazo fraterno.

Este ágape, fue un gesto inusual que asombró a los oficiales realistas, porque había una instancia de confraternidad que dejaba atrás por un momento *“las dramáticas hostilidades de un guerra civil que involucraba sobre todo a los americanos del sur”*.

Vilcapugio y Ayohuma

El ejército patriota nuevamente entró en el Alto Perú. Belgrano había publicado un bando que decía: *“Se respetarán los usos, las costumbres y aún las preocupaciones de los pueblos; el que*

se burlare de ellos, (...) será pasado por las armas". Luis Roque Gondra dice al respecto: *"Era visible el propósito de borrar la pésima impresión de la primera entrada"*.

El 1 de octubre de 1813, la Fortuna esa diosa inconstante, concedió la victoria de Vilcapugio a los realistas, malogrando el merecido triunfo de las armas argentinas. *"A las once de la mañana Pezuela –el general realista- consideraba perdida la batalla"*, cuando repentinamente se ordenó el retiro de las tropas patriotas que venían arrollando al enemigo. *"La desgracia puso una vez más en evidencia el arrojo y la serenidad de Belgrano –destaca Frías-. Su ánimo esforzado parecía crecer con el peligro. Ante la dispersión ya inevitable de su ejército, desmontó en uno de los cerros situados a la retaguardia, en el campo de batalla, tomó en sus manos la bandera; reunió una parte de los dispersos; y comenzó a tocar llamada. A los pocos momentos contaba en derredor suyo 200 hombres y una pieza de artillería". En aquella eminencia Belgrano se mantuvo impertérrito por espacio de tres horas*". El enemigo rechazado dos veces en sus asaltos, no pudo desalojar *"aquel reducido y glorioso grupo de vencidos."*

El 5 de octubre el ejército patriota sufrió un nuevo contraste en Ayohuma. La retirada se realizó en un orden y una disciplina admirable que merecieron el elogio del general Paz en sus Memorias.

El arduo camino hacia la Libertad

A raíz del cautiverio de Fernando VII y la usurpación del trono español por José Bonaparte, el pueblo soberano de Buenos Aires había elegido el 25 de mayo de 1810 un gobierno propio: La Primera Junta. Este flamante poder democrático, envió sus ejércitos libertadores al Paraguay, al Alto Perú y a Montevideo para sostener las ideas que le habían dado vida.

Hacia fines de 1815 Napoleón había sido derrotado y las banderas de la Revolución Francesa fueron arriadas. La *"Santa Alianza"*, que reunía a las testas coronadas de Europa, resolvió volver al *"status quo ante"* y reponer en el trono a las dinastías que habían sido defenestradas por el vendaval revolucionario. En efecto, en Francia se restituyó en el trono a Luis XVIII -hermano del infortunado rey Luis XVI, guillotinado por los extremistas jacobinos-. En España, Fernando VII, fue ungido como soberano y sus pares reales tenían la pretensión que éste rey recuperase su antiguas posesiones americanas.

Con esa intención el monarca español había ordenado alistar un gran ejército al mando del General Murillo, uno de los más destacados militares peninsulares, cuya misión era invadir Buenos Aires y terminar definitivamente con la Revolución de Mayo.

Ante este panorama internacional el gobierno argentino envió a Inglaterra y España al General Don Manuel Belgrano, a don Bernardino Rivadavia y a Sarratea, con instrucciones de lograr acuerdos para que las Provincias de Río de la Plata volvieran al seno de la monarquía española *"atemperada"* por una constitución al estilo de Gran Bretaña-. En caso de no ser viable esta solución, los diplomáticos argentinos debían encontrar un soberano que poseyera una legitimidad dinástica inobjetable y que aceptara ejercer un mando limitado por una constitución liberal.

Belgrano permaneció en Inglaterra donde conoció el plan que don Francisco Miranda²² – precursor de la libertad de América del sur- había presentado al Primer Ministro inglés Pitt en 1790. Este Proyecto proponía coronar un descendiente de los Incas en los virreinos del Perú, de Nueva Granada y del Río de la Plata, gran espacio que integraba la heredad de esta dinastía.

A su retorno a la patria, Belgrano fue designado en mayo de 1816, brigadier general y capitán general del Ejército Auxiliar del Perú. Desde esa posición brindó su decidido apoyo político y militar a la gesta extraordinaria que venía librando el Gral Güemes en Salta, Jujuy y el Alto Perú quien logró derrotar las sucesivas invasiones realistas ocurridas entre 1814 y 1821.

A su llegada a Tucumán, Belgrano fue invitado a exponer en el seno del Congreso sus impresiones “*sobre el estado actual de Europa, e ideas que reinan en ella*”, elementos de juicio imprescindibles para analizar la situación internacional y las perspectivas de la Revolución Americana, que sólo se mantenía invicta en el territorio argentino.

El 6 de julio de 1816 se concretó una reunión secreta en el seno del Congreso de Tucumán, en la que Belgrano expuso con amplitud y sin abjurar de sus convicciones republicanas, su Plan para establecer una Monarquía temperada. Explicó a los congresales, que los reyes europeos, habían celebrado un pacto para eliminar hasta el último vestigio de los “*frutos de la Revolución Francesa y de las ideas democráticas y republicanas*” y que pretendían “*monarquizarlo todo*”.

Relató que Rivadavia había fracasado en su misión de pactar con el monarca español el regreso de las provincias americanas bajo su soberanía en forma consensuada y pacífica. Señaló que también había sido rechazado el ofrecimiento de Sarratea al príncipe Borbón don Francisco de Paula, hijo menor de Carlos IV –ex rey de España- para que asumiera el trono del Río de la Plata.

Finalmente expresó que en los términos en que estaba planteado el tema de la legitimidad y para evitar una devastación mayor de la patria era necesario adoptar la forma monárquica temperada y encontrar una dinastía que estuviese investida de una legitimidad indiscutible. Una de las posibilidades para lograr esta ecuación que sería mirada con benevolencia por la corona inglesa y por la Santa Alianza, era ungir en el trono a un príncipe Inca.

La capital del “nuevo reino constitucional”, sería la ciudad de Cuzco. Las Provincias Unidas de América del Sur, abarcarían el enorme espacio territorial unificado del antiguo imperio incaico. Este gran cuerpo político, contendría más de 6 millones de almas y tendría salida a dos océanos. La dimensión continental de ese gran reino americano, haría imposible los planes de venganza y sometimiento concebidos por el despótico rey Fernando VII.

²² Miranda había presentado este mismo plan al Presidente de los Estados Unidos de América John Quincy Adams. Este precursor de la libertad de Hispano América, había fundado en Londres las logias de “Los Caballeros Racionales” y la “Logia Lautaro”, organizaciones que fueron claves en la independencia de América.

El proyecto de Belgrano no obedecía a un arrebatado pueril ni era una idea peregrina²³ del prócer. Se trataba de un plan meditado por Francisco Miranda y que en ese momento no sería írrito a la Santa Alianza pues respetaba la legitimidad y no implicaba el surgimiento de una nueva república.

En Tucumán el 9 de julio de 1816, los congresales ponderando la información brindada por Belgrano y la gravitante opinión de San Martín, y teniendo en cuenta los peligros que se cernían sobre la patria amenazada, resolvieron por unanimidad declarar la Independencia nacional y dar una respuesta inequívoca al monarca español y a sus pares de la Santa Alianza. Así nacía a la faz de la tierra “una nueva y gloriosa nación” que levantaba la divisa de la libertad y la igualdad de todos los hombres.

²³Mitre consideró que el Plan del Inca “era irrealizable. Algunos diputados por Buenos Aires se burlaron de “la monarquía en ojotas” que preconizaba Belgrano. La prensa de Buenos Aires se dividió entre los detractores y los partidarios de esta monarquía indígena. Sin embargo, a esta alternativa la apoyaron San Martín, Güemes y Pueyrredón y la mayoría de los diputados de las provincias en el Congreso de Tucumán que la aclamaron en la sesión del 6 de julio.